

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Epoca
Año 1944



Tomo II
N.ºs 3-4-5

SEVILLA

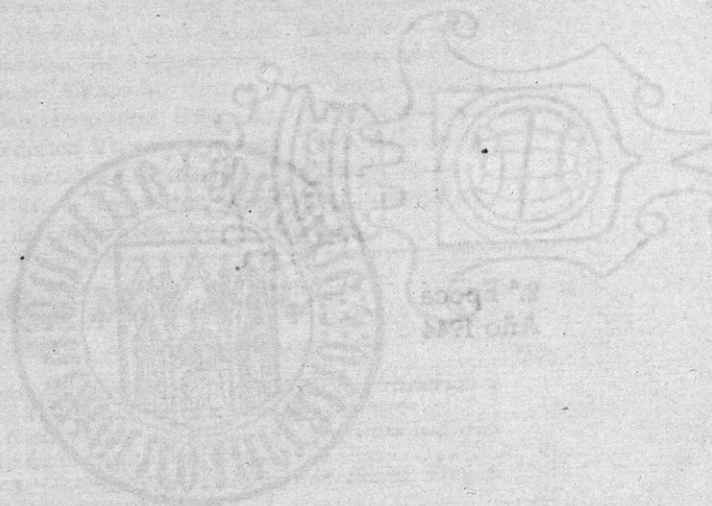
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Impreso en los talleres de Gráficas Sevillanas
Calle del Conde de Torrejón n.º 13

ARCHIVO
HISPÁNICO

REVISTA
HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA
Y ARTÍSTICA

INSTITUCIÓN BENEFACTORIA



Tomo II
Año 1904

Año 1904
Tomo II

INSTITUCIÓN BENEFACTORIA

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Artículos	Núms.	Páginas
Bermúdez de Castro, Luis.— <i>Del Capitán sevillano Don Alonso Enríquez de Guzmán</i>	5	215
Bermúdez Plata, Cristóbal.— <i>Ordenanzas formadas por el Cabildo de Sevilla en 1727 para el régimen de las Escuelas de Enseñanza Primaria</i>	5	255
Domínguez Ortiz, Antonio.— <i>Las «Noticias de algunos lugares de Andalucía», de Gabriel de Santans</i>	3	19
Hernández Díaz, José.— <i>Iconografía Hispalense de la Virgen Madre en la escultura renacentista</i>	3	41
Hernández Díaz, José.— <i>Iconografía Hispalense de la Virgen Madre en la escultura renacentista (conclusión)</i>	4	41
Llordén, P. Andrés. O. S. A.— <i>Los Agustinos en la Universidad de Sevilla (I)</i>	4	151
Llordén, P. Andrés. O. S. A.— <i>Los Agustinos en la Universidad de Sevilla (II)</i>	5	265
Petit Caro, Carlos.— <i>Un ilustre erudito andaluz: Don José Vázquez Ruiz</i>	4	115
Romero Martínez, Miguel.— <i>Pero Mexía, el sevillano imperial y ecuménico.—Notas biobibliográficas para un ensayo</i>	3	5
Vázquez, José Andrés.— <i>La Venerable Madre Trinidad. Una mística serrana</i>	5	223

MISCELÁNEA

Hernández Díaz, José.— <i>El Claustro del Monasterio de San Clemente</i>	3	61
Hernández Díaz, José.— <i>Fuentes de la Iconografía Mariana</i>	5	281
J. M.— <i>España y Alemania o fomento de su recíproca amistad</i>	5	283
Pemán, César.— <i>El catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla</i>	3	57
Romero Martínez, Miguel.— <i>Nueva interpretación lírica en lengua española de 45 odas de Horacio (I)</i>	5	287

MISCELÁNEA

	Núms.	Páginas
Ruiz Lobo, José María.— <i>El Emperador Carlos V y San Francisco de Borja</i>	4	179
Sancho Corbacho, Antonio.— <i>Crítica de Arte</i> ...	3	65
Sancho Corbacho, Antonio.— <i>Crítica de Arte</i> ...	4	195
Toro Buiza, Luis.— <i>Pregón de Semana Santa</i> ...	4	175
Vázquez, José Andrés.— <i>Crónica</i> (Mayo, 1943)....	3	69
Vázquez, José Andrés.— <i>Crónica</i> (Junio, 1943)....	4	201

Libros y Revistas

J. A. V.— <i>Ocidente y Revista de Portugal</i>	4	193
L. J. P.— <i>Cruz de Guía</i> (Manuel Sánchez del Arco).	4	183
L. J. P.— <i>Madrugada</i> (M. Gómez Amores).....	4	186
L. J. P.— <i>La Merced</i>	4	194
M. J.— <i>Charla de Historia en la torre de Don Fadrique.—Idem idem en la Casa de Pilatos</i> (Angel Martín Moreno)	4	185
M. J.— <i>El Colegio de San Acacio</i> (P. Andrés Llordén),.....	4	187
M. J.— <i>Ensayos y Estudios</i>	4	191
M. J.— <i>Notas acerca de la escritora y poetisa agustina Sor Valentina Pinelo</i>	4	189
M. J.— <i>Verdad y Vida</i>	4	190

Fotografados

<i>Claustro del Monasterio de San Clemente</i> (alzado).....	3	63
<i>Claustro del Monasterio de San Clemente</i> (planta).....	3	62
<i>Hermosura Corporal de la Madre de Dios</i> (Portada),.....	5	281
<i>Farfán, P. Juan</i> (Retrato de Pacheco).....	5	268
<i>Trinidad, Venerable Madre</i>	5	223
<i>Mexía, Pero</i> (Retrato de Pacheco) ..	3	4
<i>Muñoz Rojas, Sra. de</i> (Retrato de Grosso),....	3	65 (r)
<i>Muñoz San Román, José</i> (Retrato de Grosso)..	3	65 (a)
<i>Sevilla. Mapa del Reino</i>	3	19
<i>Vázquez Ruiz, José</i>	4	115

VÍRGENES

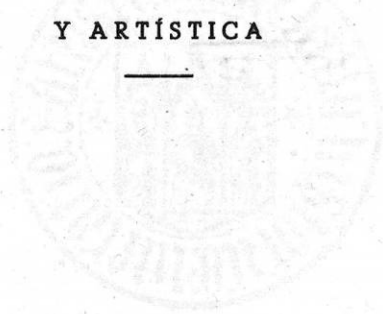
<i>Amparo</i>	4	93-r.
<i>Angustias</i>	4	93-b. a.

VIRGENES

	Núms.	Páginas
<i>Belén</i> (Museo).....	3	53 r.
» (Osuna).....	4	97 r.
» (Universidad)	3	53 r.
» (Villalba del Alcor).....	4	101 b. r.
<i>Buen Aire</i>	4	109 r.
<i>Cabeza</i>	4	89 b. r.
<i>Caridad</i>	3	49 r.
<i>S. A. Carmona</i>	3	55 a.
<i>S. A. Catedral</i>	4	101 a.
<i>Fiebres</i>	4	97 r.
<i>Gracia</i> (Castilblanco)	4	101 r.
» (Marchena)	4	93 a.
<i>Granada</i> (Almonte)	3	55 r.
» (San Lorenzo)	4	89 a.
» (San Román)	4	89 b. a.
<i>S. A. Hospital</i>	3	49-r.
<i>S. A. Lebrija</i>	4	101 b. a.
<i>Misericordia</i>	4	89 b. a.
<i>Nieves</i>	3	49-a.
<i>Paz</i>	4	105 r.
<i>Piña</i>	4	93-b. r.
» (Lebrija)	1	101-b. a.
<i>Prado</i>	4	97-r.
<i>Purificación</i>	3	55-r.
<i>Reposo</i>	3	49-a.
<i>Rosario</i> (Asilo).....	4	101 b. a.
» (Constantina)	4	109-a.
» (Guillena).....	4	105-a.
» (Madre de Dios).....	4	101-b. r.
» (Palomares).....	4	105-r.
» (Palos de Moguer).....	4	101-a.
» (San Juan de la Palma)....	4	89-r.
» (Ubrique)	4	105-a.
<i>Salud</i>	3	53-a.
<i>S. A. San Benito</i>	4	89-b-r.
<i>S. A. Santa Cruz de Ecija</i>	4	101-b. a.
<i>Socorro</i>	3	49-a.
<i>Todos los Santos</i>	4	89-r.
<i>S. A. Universidad</i>	4	97-a.
<i>Victoria</i>	4	109-r.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Epoca



Año 1944
N.º 5

SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Impreso en los talleres de Gráficas Sevillanas
Calle del Conde de Torrejón n.º 13

Excma. Diputación Provincial de Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

1944	SEGUNDA ÉPOCA	NÚM 5
------	---------------	-------

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Nicolás Díaz Molero. — D. Angel Camacho Baños.—D. Juan Candau Candau.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: D. Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

	Págs.
General Bermúdez de Castro.— <i>Del Capitán sevillano D. Alonso Enríquez de Guzmán</i>	215
José Andrés Vázquez.— <i>La Venerable Madre Trinidad</i>	223
Cristóbal Bermúdez Plata.— <i>Ordenanzas formadas por el Cabildo de Sevilla en 1727 para el régimen de las Escuelas de enseñanza primaria</i>	255
Andrés Llordén, O. S. A.— <i>Los Agustinos en la Universidad de Sevilla</i>	265

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Fuentes de la Iconografía Mariana</i>	281
M. J.— <i>España y Alemania o fomento de su reciproca amistad</i> . ..	283
Miguel Romero Martínez.— <i>Nueva interpretación en lengua española de cuarenta y cinco odas de Horacio</i> ..	287

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Sevilla: 30 pesetas al semestre, 60 pesetas al año.—En el resto de España: 32 pesetas al semestre, 64 pesetas al año.—En Hispanoamérica, 33 y 65 pesetas, respectivamente. En el Extranjero, 34 y 66 pesetas.

DIRECCIÓN: APARTADO DE CORREOS 25 - TELÉFONO 23381



La Venerable Madre Trinidad

Dibujo a pluma de D. Ernesto Ponce Balsera



LA VENERABLE MADRE TRINIDAD

UNA MISTICA SERRANA



ESUS MARIA DOMINICUS.—Así, con esta forma altísima de invocación peculiar de la españolísima Orden de Predicadores, comienzan los más de los papeles que han de servirnos para entender el conocimiento de una vida católica ejemplar cuya memoria nos es grata y merece nuestro homenaje siquiera sea por satisfacer cierto afán que nos acompaña desde que, allá en la infancia lejana, recibimos la enseñanza del Rosario. Fué esto por modo singular que vale la pena referir. Todos los atardeceres de los domingos del dorado octubre recorría las calles de Aracena un rosario de mujeres—fal-das de todo vuelo sobre la almidonada enagua bajera, mantones en pico de pintarrajeada cachemira, tupidos velos en el tocado—con faroles de varias formas dispuestos en dos filas precedidas de una Cruz y cerradas al final con un viejo simpecado de galoneada seda carmesí, en cuyo centro, pintado al óleo, se adivinaba más que se veía una imagen de Nuestra Señora entregándole a Santo Domingo el Santo Rosario. Nosotros—los pequeños falderos de uno u otro sexo—nos uníamos a la piadosa manifestación para disputarnos el honor de ir agarrados a las grandes borlas de hilillo de oro que pendían del estandarte; y de este modo figurábamos en aquella solemnidad dominguera que iba desgranando avemarías entre el respeto público. No asistían hombres: para ellos estaba reservado el rosario del

amanecer con bullicio de cánticos y campanillas. Pero lo mismo el rosario matutino que el vespertino, decía, invariablemente sus oraciones últimas en el espacio urbano que media entre el retablillo de azulejos que reproducía la misma escena del simpecado, sito en la entonces llamada calle del Rosario, hasta el pie de otro retablillo, dedicado a San José, fijo en la sobrepuerta del compás del Convento de Jesús, María y José, poblado por religiosas dominicas desde hace cerca de tres siglos y haga Dios que lo sea por siempre para edificación de las sucesivas generaciones de nuestro pueblo natal. Las postreras palabras ceremoniales eran estas: «Intercede por nos, Venerable María de la Santísima Trinidad, para que la Sagrada Familia vele por las nuestras». Con lo cual, a la vez que aprendimos el Rosario para siempre, se nos reveló que hubo una virtuosísima mujer en la villa, digna, por su piadosa vida ejemplar, de estar en el Cielo al cuidado de sus coterráneos como embajadora especial cerca de Dios. Mi creciente curiosidad no satisfecha con las someras explicaciones que de niño recibiera sobre esta mujer privilegiada, dió en el propósito de alcanzar el gozo de una más completa averiguación sobre su vida.

Aquí venimos con lo que hemos llegado a conocer. Procuraremos exponerlo con sencillez y claridad. Para lograrlo hemos escrito con emocionada confianza la altísima invocación que encabeza este artículo.

* * *

Un libro ⁽¹⁾ muy esclarecedor de las pasadas memorias de Sevilla, nos señaló el camino para llegar al conocimiento de la fundadora del mentado Convento ante cuyos muros aprendimos su nombre, tantas veces repetido entre los recuerdos de su vida y de sus esfuerzos ejemplares, con más las maravillas de sus virtudes. Todo, en la forma simple, aunque poética, con que las gentes sencillas suelen conservar y referir los hechos que,

(1) *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal Ciudad de Sevilla*, formados por Don Diego Ortiz de Zúñiga e ilustrados y corregidos por Don Antonio María Espínosa y Cárzel.

por ser extraordinarios, se quedan, vivos y fragantes, en la memoria popular al servicio de la tradición como alabanza sin término y como gozo de una gloria cuyos resplandores alcanzan a todos y, son, en cierto modo, la luz propicia que ilumina el acervo de la ejecutoria local. Con honda emoción leímos en dicho libro estos renglones: «A 7 de enero, (1660) día de San Raymundo de Peñafort. ⁽¹⁾ había desde esta ciudad volado á la del eterno descanso la Madre María de la Trinidad, Beata Dominica, de gran virtud y opinión de santidad, que á la solicitud de efecto de fundación de Convento de Monjas Dominicas, que para la Villa de Aracena, patria suya, pretendía, había tiempo que estaba aquí, residiendo lo más del tiempo en casa de Christóbal López, Jurado de esta Ciudad, persona caudalosa y afecta á empleos tan religiosos; y en ella (á la Parroquia de San Pedro) murió esta gran muger, y fué con debidos honores sepultada por depósito en la Iglesia del Convento de Regina, en que permaneció su cuerpo incorrupto maravillosamente hasta el año pasado de 1674; en que al del Convento de Monjas de Aracena, fundado con efecto después de su dicho tránsito, fué trasladado en cuya ocasión vi yo el venerable cadáver con espacio y admiración, entero y preservado de todos los horrores de la muerte, causando reverencia su aspecto. Su vida corre impresa por el Padre Fray Antonio de Lorea, Religioso del mismo convento de Regina». ⁽²⁾

Este libro, la *Vida* escrita por la misma Venerable, unas memorias locales, los papeles conventuales y la historia verbal que mantienen viva los araceneses, serán los elementos principales que utilizaremos para componer esta noticia biográfica, con la

(1) Este glorioso fraile dominico español nació en 1175 en el Castillo de Peñafort y murió en Barcelona en 1275. Fué General de la Orden de Predicadores y creador de la de la Merced. Por encargo de S. S. Gregorio IX escribió las *Decretales*, que forman el tomo V del Derecho canónico. Escribió también una *Summa* sobre la Penitencia y el Matrimonio. Fué canonizado en 1601 por S. S. Clemente VIII.

(2) *Vida y virtudes de la Venerable Madre Sor María de la Santísima Trinidad*. 1.ª edición, 1671.

A petición y expensas de varios devotos de la Venerable fué repimpresa en 1854, en la oficina tipográfica de José María Geofrín, calle Olavide 4 y 5.

El autor, nacido en Almagro, publicó también una *Historia de la Orden de Santo Domingo*.

que pretendemos—además de ofrecer el debido homenaje a la memoria de esta religiosa ejemplar—avivar el deseo de lograr su beatificación; deseo que en los últimos tiempos debilitaron las circunstancias adversas, pero que no se extingue en la esperanza de mis buenos paisanos afanosos de sentir el orgullo de ver en los altares a una santa nacida y bautizada donde lo fueron ellos mismos.

**

El 20 de enero de 1604 nace a la vida terrena María de la Trinidad. Rige la Iglesia Universal Su Santidad Clemente VIII, aquel Papa meritísimo en cuyo espíritu se frustró el noble deseo de coronar en el Capitolio a Torcuato Taso, el autor de *Jerusalén libertada*, fallecido antes de que la augusta mano pontificia ciñese el laurel en sus sienes... Reina en España Felipe III, a quien apodaban *el Bueno*, más por su virtud que por sus aciertos políticos. Es día de San Sebastián Mártir, titular del Convento de Religiosos Dominicos de Aracena. La tradición cuenta que durante la fiesta religiosa del día repicaron solas las campanas conventuales, prodigio al que no se le halló explicación sino años después, cuando otros hechos, igualmente prodigiosos, acreditaron la predilección celestial por María de la Trinidad. Recibió esta su nombre en el Bautismo siete días después de nacer, el 27, en que la Iglesia reza por San Juan Crisóstomo. Hidalgos muy calificados, aunque no sobrados de bienes materiales, eran sus padres: Don Juan Payan Daza y Ortiz y Doña Ana Valera de Cárdenas. «Un carbón encendido—dice Santa Teresa—enciende al que tiene junto así». Fuego de fe era la muy penitente y virtuosa Doña Ana, y así pudo encender la llama en que había de abrasarse la hija... Doña Ana, al igual que su madre y otras mujeres amigas, llevaban el hábito de la Orden Tercera de Santo Domingo. La primera en vestirlo en Aracena fué su tía abuela materna María de la Concepción, mujer de tal virtud y claridad de entendimiento, que era consultada por las personalidades más encumbradas cuanto

necesitaban consejo. ⁽¹⁾ Nacida, pues, en el regazo dominicano María de la Trinidad, y enviada por Dios para servirle en la disciplina de Santo Domingo de Guzmán, es razonable admitir que las campanas del Convento de San Sebastián Mártir fuesen echadas a vuelo por lo sobrenatural al advenir al valle de lágrimas con designio dominicano, María de la Trinidad Payan Daza y Valera.

Otro signo que la familia y vecinos tuvieron por señal de predestinación para los rigores y asperezas de la vida cristiana, es el que recoge de la tradición el Padre Lorea y corrobora en sus *Memorias de la Villa de Aracena* ⁽²⁾ Don Fernando Sánchez Ortega, Notario público del Santo Oficio.

El alumbramiento de María de la Trinidad sorprendió a su madre junto a la lumbre hogareña a cuyo calor se había acogido en el momento de sentirse indispuesta. Las mujeres que le asistían retuvieron allí a la parturienta mientras calentaban el lecho matrimonial para trasladarla. «Ya nacida la niña—escribe Lorea—la cogieron en un lienzo, y medio envuelta la pusieron á cobro, y en el interín que cuidaban de la madre y la llevaban á la cama. El asistir á la madre y llevarla con abrigo á su cuarto, causó el que se olvidasen de la hija, que habiéndola dejado medio envuelta junto á la lumbre, cuando volvieron no la hallaron. Aumentó la turbación el cuidado de qué podría ser la causa. Preguntáronse unas á otras por la niña, buscáronla en todas partes, y no sabiendo dar razón de ella, creció en todas el desconsuelo. Recelábanse no hubiese sucedido con ella alguna des-

(1) El Padre Lorea dice de ella lo siguiente en su obra citada: «El crédito de sus virtudes era tal, y la opinión que volaba de ellas tan grande, que pudo traer a su pobre casa el mayor Monarca del mundo Don Felipe Segundo. Que como aquel juicio tuvo tanta compresión de los sugetos de su Reino, viniendo desde Badajoz á Aracena á ver al Salomón de España Doctor Don Benito Arias Montano, oyendo que entre aquellas montañas tenía Dios mina tan preciosa, más que las de fina plata y oro de más quilates, que crían la Vieja y Nueva España: primera vez la visitó para honrar á Dios en la virtud de su sierva: y segunda vez volvió admirado á consultarla y pedirle sus oraciones».

(2) Este interesante manuscrito, guardado en el Archivo Parroquial de la Real y Prioral Iglesia Mayor de Nuestra Señora de la Asunción, de Aracena, fué destruido, así como todos los papeles parroquiales, en el incendio provocado por las turbas el 10 de agosto de 1936, que privó a la noble ciudad serrana del cuantioso tesoro reunido en sus iglesias por la generosidad piadosa y ejemplar de las viejas generaciones.

dicha. En esta aflicción estuvieron mucho rato, revolviendo mil cosas en su pensamiento; y su tristeza les parecía en todo acertaban, pues por ningún lado hallaban á su dolor remedio. Después de mucho tiempo, reparando con mucha atención en un rincón de la cocina, oyeron que entre un montón de aulagas y otras ramas espinosas, se oían unos gorjeos como de algún niño. Apresuradas llegaron, y admiradas, vieron que entre aquellas espinas estaba desnuda la niña, tan risueña y tan gozosa, como si estuviera descansando en cama de flores. Gozosas la volvieron á recobrar, y acompañando las lágrimas á su alegría, no sabían á qué acudir primero, ó al contento que tenían de verla en sus brazos ó á la admiración del prodigio que habían visto».

El sentimiento de interpretación piadosa de las almas creyentes, dió a este hecho inmediato valor: a la niña comenzaron a llamarle la *Santita*. Y los niños, más impresionables, y aún mejores intérpretes, por su pura inocencia, de lo inefable, discutieron que la pequeña fuese santa suya. Su hermano Juan, dos años mayor que ella, y varios amiguitos,—entre los cuales estaba Laureano Infante Bejarano, que fué luego Secretario de la Inquisición en Sevilla—en edad de cuatro o cinco años, tomaban a María de la Trinidad,—que contaría dos a la sazón,—la encaramaban en unas andas y la paseaban por los desvanes de la casa entre estandartes y luces que ellos mismos preparaban, cantando a voz en grito: *¡Santa Mariquita ora pro nobis!* «Parece—escribe Lorea al describir estas procesiones infantiles en honor de María de la Trinidad—que en aquella tierna edad quería Dios poner voces en las lenguas de los niños, como dijo David, para alabanza de sus escogidos».

Por cierto que una vez la dejaron caer y recibió una herida en la frente. Otro niño cualquiera hubjese alborotado la casa con sus gritos. Así lo esperaban los demás y huyeron despavoridos. Pero al volver luego, temerosos de que el silencio que observaban fuese presagio de muerte, la hallaron tranquila y sonriente a pesar de la sangre que cegaba sus ojos. Le quedó en la frente una señal estrellada. Andando el tiempo explicaría María

de la Trinidad aquella cicatriz diciendo que fué merced de Santo Domingo señalándola para toda la vida como hija suya, en Cristo to Señor Nuestro, con la imagen indeleble de la estrella luminosa de su santa frente de elegido.

* * *

La educación social y de letras la recibió María de la Trinidad en casa grande. Los Duques de Béjar y Marqueses de Gibráleón, Don Alonso Diego de Zúñiga y su esposa Doña Juana de Mendoza, huían en verano del recio calor que sentían en la andevaleña villa de su señorío, y lo pasaban, con gran parte del otoño, en su palacio de Aracena. Habían conocido a la tía-abuela de María de la Trinidad, la virtuosísima María de la Concepción, y recibido de su esclarecida prudencia ejemplos y consejos inolvidables. Y el afecto y los favores de la excepcional mujer fueron retribuídos por estos señores en cuidados para la sobrina-nieta en quien veían una digna sucesora de la humilde terciaria dominica, consejera desinteresada y fiel de los altos y nobilísimos señores. Con ellos estuvo María de la Trinidad, lo mismo en Gibráleón, que en Aracena, al cuidado del mismo preceptor que enseñaba letras y maneras al Conde, hijo heredero de los próceres. Su afecto por la niña fué tal que no había diferencia alguna con el que sentía por el noble vástago. «Hija le llamaban como á él—dice el Padre Lorea—de un mismo color y tela les hacían vestir, un mismo asiento tenían en la mesa y no había cariño de padre ó madre para el pequeño Conde que no fuese también para la niña».

Aceptaba ésta con gratitud las atenciones que los Duques le prodigaban, pero es fama que no gustaba de las galas con que solían vestirla, pues en cuanto hallaba ocasión se despojaba de ellas para volver a la sencillez de sus ropas de hija de familia sin fortuna material. Ocurría esto cuando quería obtener de Dios, mediante un sacrificio ó una mortificación, algún beneficio para alguien de su afecto. Muchas veces alcanzó con estas penitencias consuelo para su protectora la Duquesa, hartó afligida y muy herida en su dignidad de esposa por los devaneos del Duque. Prefe-

rimos que Lorea lo refiera: «Como el Duque era mozo y su mocedad se acompañaba de su nobleza y poder, muchas veces no se coartaba á los límites de su palacio. Su corazón fogoso salía a respirar, ó á suspirar, por las esquinas, puertas y ventanas de las casas ajenas; sentía amarguísimamente la Duquesa que con sus pasiones despertase las voluntades dormidas, y diese que censurar á sus vasallos. Que aunque tienen sufrimiento para tolerarlos como á señores, también son hombres y tienen lengua para murmurarlos cuando no cumplen con las obligaciones de cristianos y caballeros. Y aunque les toleren como señores de sus haciendas, no los quieren ver dueños de sus casas: si se están en su autoridad y palacios, allí los aman, los temen y los sirven; pero si todas las casas las quieren hacer suyas, en ellas los desprecian, los desobedecen é injurian. Ponderaba estos inconvenientes con su gran juicio la Duquesa, y, al paso que los tenía como prudente los temía como cristiana. Y apenas veía que en llegando la noche salía el Duque á rondar, cuando se le cubría el corazón de tristeza. Veíala la niña así afligida y llegaba a consolarla echándola los brazos al cuello. Apenas le parecía estaría ya algo menos apasionada, cuando se retiraba á un cuarto, y, quitándose los lazos y cintas, y descalzándose, pedía á Dios Nuestro Señor librase al Duque de los peligros y ofensas suyas, y le volviese presto á su casa». Lo conseguía siempre; y perseverando en estos ejercicios logró que su favorecedores los Duques echasen de sí sus tormentos: ella el de la aflicción y los celos, y él el de las imprudencias que rebajaban el decoro de su señorío».

Y va creciendo en cuerpo y en virtud María de la Trinidad. Es alegre y vivaz, y traviesa a veces como su edad lo requería. Cometía faltas sin importancia ni transcendencia, encantadoramente infantiles; pero «algo había de hacer—declararía ella más tarde—para poder llorar en medio de tanta dicha como me rodeaba». Pues tan pronto como le avisaba su conciencia de que había hecho algún mal, corría a un escondrijo para llorar a solas hasta consolarse y reír de nuevo. Tener la risa en el semblante fué siempre su obsesión, porque, según declaró muchas veces,

ésta era la feliz señal externa de la tranquilidad de su conciencia. Una gran pena había, sin embargo, en algún rincón en sombra de su inocencia de niña. Envidiaba el gozo con que la Duquesa y sus damas volvían del templo cuando comulgaban... Envidia por impaciencia, pues aun cuando tenía luz bastante en el entendimiento precoz para recibir en sí a Jesús Sacramentado, no se lo permitía el confesor porque aún no había alcanzado la edad preceptiva. Se consolaba con la confesión y con abrazar y besar, delirante, a las personas recién comulgadas, afanosa de que por estos contactos le alcanzase la gracia del Pan angélico. Y rogaba sin tregua a la Virgen del Rosario, que le alcanzase del Señor la ventura de recibirle en su humilde morada humana. La Virgen le oyó y le allanó la resistencia del confesor que un día dichoso otorgó la licencia de comunión «por haber visto en aquella corta edad tal humildad, tal saber y tales ponderaciones—escribe el Padre Lorea—. que no era justo mantener por más tiempo la negativa».

Con buenas obras, ayunos, mortificaciones, penitencias, oraciones y lágrimas, se dispuso, como Virgen prudente, para recibir al Esposo en el tálamo de su alma. El Señor acudió, puntual, a la llamada mística, para regalarle el paladar con el supremo sabor de su propia Sangre redentora. Fué ante el Sagrario de la Iglesia conventual de San Sebastián Mártir. La acercó a la santa Mesa su madre. Con ella al lado tomó el fino mantel randado de marañuela y esperó la llegada del Esposo que le llevaría en sus manos consagradas el sacerdote. Sus labios movíanse en rezo que armonizaba su alma con la *Melodía* de Santo Tomás de Aquino:

«Te adoro con fervor, Deidad oculta
que estás bajo estas Formas escondida;
a Tí mi corazón se rinde entero,
y desfallece todo si te mira.

.....
¡Oh memorial de la Pasión de Cristo!
¡Oh Pan vivo que al hombre das la vida!
¡Concede que de Tí viva mi alma,
y guste de tus célicas delicias!

¡Jesús mío, pelícano piadoso,
con tu sangre mi pecho impuro limpia
que de tal sangre una gotita puede
todo el mundo salvar de su malicia!

Jesús, a quien ahora miro oculto,
cumple, Señor, lo que mi pecho ansía,
que a cara descubierta contemplándote,
por siempre goce de tu clara vista!»

Acudió el Señor a la súplica y dió testimonio de su augusta Presencia en la Eucaristía y de su predilección por la criatura que le invocaba con limpio corazón. Puso el sacerdote la Forma en la lengua inocente y... dejemos que el Padre Lorea nos informe del prodigio, mantenido aún en el recuerdo de los araceneses sin mengua alguna de su grandeza: «Lo mismo fué gustar y recoger dentro de sus labios el Santísimo Sacramento, que henchírsele toda la boca de sangre, con tal dulzura y con tal suavidad, que no parecía estar en esta carne mortal, sino comiendo en el Cielo este Pan de los ángeles que contiene en sí todos los sabores y dulzuras».

Todos lloraban al contemplar a María de la Trinidad extasiada mientras dos hilillos de perfumada sangre del color de los rubíes, le salían por las comisuras de los labios para caer en dos gotas, como dos estrellas grana, sobre el blanco mantel del comulgatorio. Mientras la niña reía como debe reír el alma justa que alcanza a ver el Cielo ⁽¹⁾.

* * *

Cuenta la Madre Trinidad en aquella *Vida* que escribiera por obediencia al Provincial de Andalucía, fray Alonso de Santo Tomás—que luego fué Obispo de Málaga—que entre los nueve y los diez años de edad deseó «por voto de castidad entregar á Dios cuerpo y alma y vivir en pureza». Se lo impidió su confesor

(1) Este mantel fué guardado como reliquia por los Padres del Convento Dominico de San Sebastián Mártir, según el cronista Sánchez Ortega. Se ignora su paradero actual.

dándole a entender las dificultades que por sus pocos años había de encontrar en tomar estado. Pero ella era tenaz y no le dió importancia a la negativa. Sería cosa de insistir, como lo hizo cuando se empeñó en comulgar antes de tiempo. Pero el director espiritual no se ablandó esta vez, y la despachó así:

—¡Hija mía, es pronto para tratar de cosas tan serias! Dentro de un año me volverás a hablar del asunto y ya veremos entonces. Entre tanto pídele a Dios que me ilumine...

Con esto debió creer el Padre que la niña se olvidaría del deseo, o que lo cambiaría por otro en el transcurso de otro año más en contacto con la realidad humana. No fué así. Al año justo, en la misma fecha, reprodujo su petición la niña:

—Padre—le dijo—hoy se cumple el año, estamos en vísperas de la Ascensión del Señor a los Cielos, y yo quisiera en tan señalado día ofrecerme a El. ¿No pensáis vos que sería bonito que en el mismo día en que se conmemora el misterio de la posesión de la Gloria por el Señor, me ofrezca yo a su misericordia, sólo para El y por siempre?

—¿Rezaste mucho por mí en todo este año transcurrido?

—Tanto y tan bien recé que estoy segura de que mi buen Jesús habrá convencido a vuestra paternidad.

—Cierto es que siento deseos de complacerte y presumo que este deseo viene de Nuestro Señor en cuyas manos puse yo también tu demanda. Tienes mi licencia puesto que así lo desea quien te ayuda a tí y a todos nos manda.

«El día de la Ascensión, después de haber comulgado—escribe María de la Trinidad—hice mi voto, siendo seglar, y según el gozo que sintió mi alma aquel día y en una particular gloria en que me hallé, tuve bien entendido que aceptó Dios aquellos deseos que hasta hoy por su misericordia me duran, y señaladamente el día de la gloriosa Ascensión he recibido de mi Señor algunos favores.»

Siente además el deseo de vestir el hábito de terciaria dominica: como su tía-abuela, como su madre, como tantas otras buenas mujeres de su pueblo... Pero la acucia sobre todo, el afán de tornar de Gibraleón, de la compañía de los Duques,

a su humilde casa de Aracena. Trocaría las galas y abundancia del palacio por la pobreza y los apuros de su familia. Sufriría las penurias y las incomodidades, y Dios querría que se trocasen en motivos venturosos su morada modesta, el jardincillo contiguo, la ventanita de su cuarto por la que entraba el sol en los amaneceres y el son de la campanita del alba pidiendo oraciones desde el Convento de San Sebastián Mártir... También le preocupaban el Convento y los frailes enfermos, el cuidado de los altares... Bien sabía ella que todo estaba muy abandonado por los achaques de su tía-abuela y los quehaceres de la familia. De antiguo estuvo aplicada a estos menesteres y creía deber suyo proseguir la tradición. Sí. Iría a Aracena por todos estos motivos y porque un inexplicable afán le mandaba ir al lado de su madre a quien ella presumía traspasada del dolor de su ausencia sólo mitigado por la certidumbre de la comodidad y el regalo con que la trataban los Duques.

A despecho de éstos, que la amaban como hija, volvió a Aracena.

Y debió sentir en la pobreza nostalgias y tormentos por haber dejado el brillo y la abundancia ducales, pues hizo rigurosísimos sus ejercicios penitentes, aplicándose ayunos, cilicios y disciplinas que mortificaban su delicado cuerpo. Así refrenó la flaqueza de añorar las venturas renunciadas, y así echó de sí las solicitudes mundanas que solían acuciarles, unas veces por las costumbres de las mozas amigas de bailes y enredos, y otras por las proposiciones de matrimonio ventajoso que familias de los mozos, aspirantes a mujer virtuosa, venían a hacerle en cortejo ininterrumpido.

Pensó que nada podía alejarle de los peligros como el hábito de Santo Domingo, y le habló de ello al Prior de San Sebastián Mártir. Deteníase éste en otorgar la autorización y esperaba, prudente, a que el tiempo apagase aquella llamarada de afecto simple y madurase la de la vocación si en efecto la había en aquella alma encendida. Pero fué tal su insistencia, tan constante el ejercicio de su vida y tan pura la inclinación de su voluntad, que el Prior le vistió el hábito de religiosa tercera el

día de la Santísima Trinidad del año del Señor de 1617. Pasados cuatro, como era necesario para alcanzar la edad indispensable, hizo profesión ante el Padre fray Luis Sotillo de Mesa, Predicador General, hijo del Real Convento de San Pablo, de Córdoba, varón docto y escritor ilustre, Prior a la sazón de San Sebastián Mártir. ⁽¹⁾

Abroquelada en el místico antemural del hábito, ya no tenía que temer las tentaciones. Y sin embargo, quiso la nueva religiosa retirarse a un desierto: una cueva ignorada y lejana adonde no alcanzasen los ruidos del mundo ni el falso brillo de sus vanidades... Había fallecido años antes su padre y ahora tenía padrastro en el sencillo varón Alonso Martín de Moya, bueno, juicioso y admirador sincero de su inclinación a la virtud. Le pidió como hija que la autorizase para este retiro y diese orientación para hallarlo pues era experimentado conocedor de los rincones más recónditos de la Sierra de Aracena.

—Muchas cuevas hay donde pueda llevarte—le respondió el bondadoso padrastro;— pero, si como yo he llegado, y llego cada día, otro cualquiera llegase a ellas, ¿no te parece que estimaría inconveniente ver a una moza, mujer y sola en un retiro sin defensa alguna? ¡Ea, no hables más de esto ni se te ponga jamás en la cabeza!

Obedeció humilde y prosiguió su vida de virtud y amor esforzándose en vencer todos los peligros mundanos. ¡Santa vida de caridad dedicada al bien de los demás! Cuidaba enfermos y pedía a Dios que les aliviase en cambio de sufrir ella en sí las enfermedades ajenas; vestía desnudos con las ropas que conseguía de las casas abundantes; consolaba a los afligidos remediándoles sus necesidades. Y cuando las gentes agradecidas acudían a expresarle su reconocimiento y saber con qué podrían corresponderle, les contestaba así:

—A mí no me debeis nada, sino al Señor. Ya sabeis donde está en cuerpo y alma: en el Sagrario. Id allá, dadle gracias por

(1) En Roma era por aquel entonces General de la Orden, Fray Serafín Sicco de Pavia; y la Provincia de Andalucía estaba regida por Fray Juan de Arriola, hijo del Convento de Santa Cruz, en Granada.

lo que le permitió hacer por vosotros a esta mísera sierva suya... Todavía os mostraré El su largueza infinita, dándoos su sangre y su carne en la Sagrada Hostia.

La Comunión era su pasión y su gozo y quería que todos participasen de las venturas que el contacto con Jesús proporciona en el Sacramento del Altar. Para ella fueron tan extraordinarios que puede afirmarse constituyeron el venero permanente de sus inspiraciones y el firme asiento de sus esfuerzos. De que el Santísimo le asistía es buena prueba el modo como recibió aviso de fundar el Convento de Jesús, María y José, de Aracena. Veamos cómo lo cuenta la tradición y nuestra imaginación lo vé al través de los claros cristales poéticos populares. «Estaba en rezo una mañana ante el altar de San Jacinto, en la iglesia conventual de San Sebastián Mártir, casi desierta ya por haber terminado las misas. Abstraída en la oración no advirtió María de la Trinidad que se quedaba completamente sola. Rompía la penumbra una ráfaga de luz solar tamizada por una vidriera alta. Su figura aparecía en medio de la claridad como si el Cielo se recrease en extender hasta ella su luminosidad misteriosa. Esto permitía verla en apacible exhibición involuntaria imposible de otro modo por el rigor que observaba en su recato. Tal y tan extremado, que impidió siempre el afán de retratarla en vida mantenido por el sacerdote y pintor Don Andrés González, autor del retrato yacente multiplicado luego por la piedad de los que la veneran. Alguien del Convento debió contemplarla en algunos de estos momentos de soledad devota en la iglesia, favorecida por la luz celeste, pues el Padre Lorea supo y nos dejó su vivo retrato en esta explicación: «No era muy alta ni muy baja, por lo que su estatura estaba en medio de una linda proporción; su rostro aguileño, muy hermoso; espaciosa la frente, las cejas negras y arqueadas, los ojos negros, muy grandes y serenos; la nariz aquilina, como la deseaban los romanos para sus cónsules en prueba de capacidad; las manos muy bellas, y, aunque el ayuno y las mortificaciones la tenían macilenta y con el color del rostro muy robado, daba cierta alegría ver á su ánimo vivo y su fé llena de gozo.»

Pues ocurrió que, elevado su espíritu por el fervor, sobrevino el éxtasis y vió entonces que la imagen de San Jacinto, animada y entre resplandores, bajaba del altar y deteníase cerca de donde ella estaba prosternada, para hablarle así: «Ya sé que estás preocupada por el encargo que Nuestra Madre del Rosario te diera en nombre de su Divino Hijo para que fundases; y no ignoro que tu preocupación consiste en no hallar el modo como has de hacerlo. Esto vengo yo a esclarecerte en nombre de nuestro Padre Santo Domingo a quien el Señor ordenó que por sí o por alguno de nosotros, sus hijos, te instruyese. A mí me cupo tan alto menester y aquí estoy. Escúchame con atención, hermana en Cristo. Fundarás en esta villa una comunidad de religiosas de hábito reformado que se dedique, en clausura, al culto permanente del Santo Rosario. Harás levantar casa, desde los cimientos a la Cruz del campanario, para establecer por siempre la fundación con renuncia del siglo; pero entre tanto alcanzas a levantar casa y templo, buscarás con prisa otras catorce hermanas entre las terciarias de Aracena, las cuales comenzarán enseguida a cumplir contigo, donde podais reuniros, este santo deseo de nuestro Padre el gran fundador de la milicia rosariana. Ningún día faltará entre vosotras la contemplación de los santos Misterios cuyo poder contra Satán revelara a Santo Domingo Nuestra Señora la Divina Madre del Amor Hermoso. Atiende aún mejor lo que voy a decirte ahora, pues es cosa de árdua prueba para tí. El Señor, que te eligió para esto, tiene prisa por conocer los quilates del amor que le tienes. Con igual prisa has de trabajar sin vacilaciones, pero te advierto que, como en toda obra de Dios, se entrometerá en ésta el diablo y tendrás que sufrirlo y vencerle. Toma este ramillete de quince rosas que te doy. Son de los jardines celestiales y tienen el olor y la virtud de la caridad, la castidad y la obediencia... Toma las rosas y no vaciles. Antes que se marchiten habrás elegido las catorces hermanas que contigo iniciarán esta obra perpetua del Rosario. Todas estarán también obligadas al amor del Santísimo Sacramento como es gala imperecedera de nuestra Orden. Recuerda que habréis de comulgar cada día pa-

ra rezar en pureza, unidas al Esposo, por la salvación de las almas que no rezan... Sea en el Santo Nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo». Y volvió San Jacinto a aparecer en su altar, rígido, mudo, impasible.

Transida de gozo por el insigne encargo, pidió María de la Trinidad confesión inmediata al Padre Juan Portillo que se disponía a entrar en clausura, administradas ya las últimas comuniones a los fieles. No otorgaba el padre Juan mucha consideración a aquella terciaria que estaba más tiempo en la Iglesia que en su casa y que traía revuelta la villa con sus visiones de santos, sus desmedidos afanes de meterse en todo negocio de almas y sus pretendidas influencias en el Cielo para sanar males físicos de las criaturas mortales. Sobre todo, y esto es lo que más irritado tenía al padre Juan Portillo, cuanto se decía en el pueblo y sus contornos de que tan pronto como sabía de un enfermo grave acudía a su lado sor María para pedirle al Altísimo que le trasladase a ella la enfermedad y sanase al paciente. Cierto era que los enfermos curaban y que la religiosa terciaria salía aquejada de calenturas y dolores; pero el Padre Juan—escogido sin duda en mala hora por el espíritu del mal para entorpecer los designios encomendados por Dios a su sierva—no pasaba por tales cosas. «¿Quién deja en manos de mujeres—decía—los santos asuntos de Nuestro Señor?» Así vivía el Padre Portillo de prevenido contra la que él llamaba «beata imprudente». Porque no ignoraba esto y por acto de humildad, sor María quiso que fuese su propio enemigo quien la aconsejase en aquel momento, y pidió que le oyese en confesión:

—No creo que hayas pecado desde ayer—replicó el Padre Portillo.—Pero, en fin, al confesonario voy...

—Como mi buen Padre Portillo sabe—insistió María de la Trinidad—de continuo anda metido el diablo entre los humanos y no siempre podemos evitar que adultere nuestros actos. Pero ahora quiero que me escucheis, no por haber pecado, sino por el temor de pecar si aceptase sin consejo cuanto San Jacinto acaba de decirme mientras rezaba.

—¿Qué te habló San Jacinto...? Yo tengo dicho muchas ve-

ces que tu razón no está muy firme... Se me hace tarde... Vuelve mañana...

—No podré esperar. No por mí, sino por estas rosas que el Santo me diera y que se marchitarían antes de cumplir el mandato recibido.

—Bueno, ven, ven al confesonario. Vamos a ver que belén es ese de San Jacinto y las rosas... ¿Dónde están las rosas?

El Padre Juan no las veía. Dios le negaba la participación en el prodigio por su inclinación contraria. Mas sólo por el hecho de dirigirse al confesonario percibió un aroma sutil de flores frescas. Mientras el Padre ocupaba el tribunal de la Penitencia, fué sor María al Sagrario y depositó el ramillete junto al Tabernáculo, sobre el blanco mantel que cubría el ara. Allí las vió en plenitud el fraile desde su sitio y quedó maravillado de su hermosura. Luego entró en extraño desasosiego por no haber visto el ramo cuando la penitente dijo que se lo mostraba.

Refirió María lo ocurrido con San Jacinto. El confesor la absolvió de pecados; y en cuanto a la visión, le dijo que volviese más tarde, pues deseaba exponer el caso a la comunidad.

—Vete en paz y vuelve luego... ¡Ah! Reza en el inter por este pobre pecador.

—¿Y no me daréis Comunión?—preguntó sor María.

—No hay Hostias consagradas ahora en el Tabernáculo, ni tampoco por consagrar... Se agotaron esta mañana... La única que el Copón contiene ha de conservarse para la perennidad de la Presencia en el Sagrario. Vete en paz. Nada ha de sucederte con pasar el día sin comulgar.

—Pero, es, Padre Juan, que me sería imposible vivir sin llevar conmigo al Esposo, hoy que, por intercesión de San Jacinto, me señaló el verdadero camino que debo seguir en la vida terrena para servirle mejor. Busque, busque por caridad el Padre Juan, que acaso encuentre siquiera sea una partícula para alimentar el espíritu de esta humilde sierva de Jesús Sacramentado.

Una fuerza extraña impelió al religioso hasta el Sagrario. María de la Trinidad cayó de hinojos ante el comulgatorio, segura de que no dejaría de venir a su alma el gozo de la comu-

nión con el Santísimo Sacramento. Dios le inducía aquella confianza. Dios, que con su Poder infinito había transformado los pétalos de las quince rosas en Sagradas Formas inmarcesibles. Allí estaban sobre los albos manteles. Y su fragancia, como de jardín en la mañana, transcendía a las naves invisiblemente unida a los sonos de una inefable melodía que llegaba desde las lejanías celestes. El Padre Juan recogió en el Copón aquella singular abundancia de Pan angélico. Tomó entre sus dedos una Hostia y la alzó en alto. La esquilita del pie del altar sonó sola. María de la Trinidad oraba estremecida. Y rompió a llorar en el momento en que el sacerdote se le acercaba pronunciando las palabras rituales de la Santa Madre Iglesia: *Corpus Domini nostri Jesu-Christi costodiat animam tuam in vitam æternam.*

El *amen* de sor María fué como un suspiro. Ya estaba fortalecida para emprender la ardua tarea de fundar.

* * *

La Orden de Santo Domingo goza el privilegio especial ⁽¹⁾ de celebrar la fiesta del *Sanctissimum Corpus Christi* en su infraoctava. Pues en la procesión de aquel año, con sólo unos días para organizar su intervención, iba María de la Trinidad con las catorce terciarias, por ella elegidas para ir trabajando en la fundación, alabando a coro las grandezas de la Eucaristía. La

(1) Por Breve de 20 de junio de 1261, dispuso Su Santidad Pío V que «en cualquier pueblo, ciudad, villa o lugar en que haya frailes dominicos tengan facultad para hacer pública procesión con el Santísimo en la infraoctava del *Corpus Christi*, o sea en la Dominica dentro de la Octava». Gregorio XIII confirmó este privilegio y concedió indulgencia plenaria a los fieles que asistan a dicha procesión. Esta Bula fué concedida a favor de la Provincia dominicana de España en 1576. Clemente VIII, en 8 de marzo de 1592, después de aprobar las disposiciones de sus antecesores, prohíbe que ninguna otra Orden o Presbíteros saquen la procesión ese mismo día y a la misma hora, debiendo ser los PP. Dominicos quienes señalen día, hora e itinerario. Otros Papas, como Paulo V. Clemente XI y Benedicto XIII, corroboran tales privilegios que también confirma en 14 de noviembre de 1615, la sagrada Congregación de Ritos. La razón de esta constancia en conceder y confirmar, la revela Clemente VIII con estas palabras: «Conviene este privilegio de manera especial a la Orden de Santo Domingo de Guzmán, porque el Oficio de la festividad del *Sanctissimum Corpus Christi* fué compuesto por el Bienaventurado Tomás de Aquino que perteneció a dicha Orden». Véase el *Bulario de la Orden de Predicadores*.

firme voluntad de la creyente elegida e inspirada, había realizado otro prodigio: en pocas horas reunió y preparó a las compañeras dispuestas a seguirle; y, además, compuso la poética letra de la *Canción al Corpus* adaptada a la misteriosa melodía que resonó en el templo de San Sebastián Mártir al transformarse las rosas, y consiguió que la cantasen en público. He aquí las bellas palabras de dicha canción, que aún cantaban quince doncellas en las solemnidades del Corpus, de Aracena, el pasado siglo:

«Si Dios se pega al alma
Como una blanca oblea,
Qué mucho que la coma
Quien a su Dios desea.

Y si siempre desea
Verse con El unida,
Siempre estará buscando
Ansiosa esta comida.

Cual cierva herida ansiosa
El alma enamorada,
El agua viva busca
Sin reparar en nada.

No os espantéis mirando
La simple mariposa
Que el fuego que la abrasa
Anda buscando ansiosa.

Extremos que nos hace
Es de Dios providencia,
Que quien ama en ausencia
Nada le satisface.

Muerta por Dios se halla,
El es quien la convida.
¿Quién deja de buscar
Y apetecer su vida?

¡Ay, almas que sabeis
Qué es amor y deseo:
A mí no me culpeis
Pues que también le empleo!» (1)

* *

La misma prisa afanosa quiso aplicar sor María de la Trinidad para la erección de la casa y el templo conventuales, pero no era lo mismo reunir en comunidad voluntades afines e inducirles alma contemplativa, que juntar medios económicos. Solar para los edificios no le faltaba, pues le habían ofrecido los regidores de la villa un amplio espacio en el Campo de San Sebastián, a continuación de su casa y huerto—que luego quedarían incluidos en la fundación—y entre el Convento de los padres dominicos, por medio una alameda y una cruz de piedra sobre alto pedestal. ¡Pero, dinero...!! «¡Cómo es verdad que el dinero es del diablo y no quiere soltarlo para cosas de Dios!»—solía decir cuando la realidad inexorable le cortaba las alas al pájaro en vuelo alto de su imaginación optimista. Pero ella sabía que no hay nada que no se acabe como no se opongan la pereza y la ociosidad; y no pasó día sin intentar por todos los medios salir de la angustia en que se debatía por el invencible obstáculo de la falta de medios materiales. Para no desmayar se acogió a la oración y a la paciencia y pidió a sus compañeras que abriesen con lo mismo sus almas a la esperanza. Juntas en su casa comenzaron a rezar el Rosario, completo, en tres tiempos del día, como habría de hacerse siempre en el futuro convento por precepto de Regla: la interesante Regla que escribiera por sí misma, dura ciertamente porque incluyó en ella todas

(1) Dice el padre Antonio de Lorea que la Madre Trinidad «tenía la gracia de la Poesía». Con efecto, así lo prueban esta composición y otras muchas que han podido conservarse hasta nuestros días, pues, como los más de los místicos, siguió esta inclinación del espíritu hacia la belleza, para servir su amor a Dios. «La oración cuando es del alma, tiende a hacerse Poesía», le oímos decir al padre Raimundo Suárez, O. P., en un sermón panegírico de San Juan de la Cruz. Está fuera de la medida y del carácter de este artículo la inserción de algunas otras composiciones poéticas de sor María de la Trinidad, pero podemos afirmar que todo es en ellas fervoroso, inspirado, elegante; y, de tan intenso vigor emotivo, que hace vibrar el alma en el gozo inefable de lo perfecto.

las promesas de sacrificio y mortificación que ofreciera en pago de cuanto anhelaba y esperaba. Si los obstáculos provenían de su falta de perfección, había que procurarla con penitente vida ejemplar y con el firme propósito de mantenerla luego, cuando el propósito estuviese logrado.

Dios oyó a su sierva serrana y proveyó, cuando le plugo a su misericordia, por el medio más inesperado. Temerosas de los estragos de la epidemia de peste que azotó a Sevilla en 1649, acudieron a Aracena numerosas familias sevillanas, pues la villa serreña estaba libre de contagio por el rigor con que la resguardaron su Cabildo y Corregimiento, con más la benignidad propicia de su saludable clima. Entre las personas de importancia que se refugiaron en Aracena, estaban Don Cristóbal López de Vergara, jurado de Sevilla, y su esposa Doña Antonia de Ontiveros. Llegaron en junio de dicho año, tras de guardar cuarentena de lazareto, desde el final de abril anterior, en la aldea de Valdezufre, una legua antes. Los ilustres esposos acudieron desde su llegada a la Santa Misa y oficios divinos del Convento de San Sebastián Mártir. Allí vieron siempre a sor María de la Trinidad y, por conocimiento de las virtudes y públicos testimonios que de ellas obtuvieron, inclináronse a buscar su amistad. Amistad y piedad compartidas fueron «el lazo con que Dios unió estos extremos para ir disponiendo la fundación del Convento que tantos años antes había revelado nuestro Señor», como escribiera en su *Vida* la Madre. «Todo el tiempo que los señores López de Vergara estuvieron en Aracena—dice el padre Lorea—se ofreció, en las conversaciones continuas que tenían, hablar del estado de las religiosas terceras, que el vulgo llama beatas. Díjole el Jurado de Sevilla que, habiendo tantas, cómo no se recogían en una casa donde vivieran en comunidad, pues que el instituto de las religiosas mejor se ejercita en la vida común que en la particular. Este aviso bien lo conocían las Madres, pero la falta de medios y el ser necesario tanto para encerrarse, las detenían. Esto quedó en este estado, sin dar paso más adelante. Publicose la salud, y los huéspedes volvieron a Sevilla».

María de la Trinidad que había alimentado en su espíritu grandes esperanzas de solución del problema, por la actitud de los señores López de Vergara se sintió desfallecer, mas a nadie reveló su desmayo. Pensó que aún eran necesarios nuevos sacrificios pacientes para ganar la voluntad Altísima, y se dispuso a perseverar en la espera. En esto sucedió el hecho cuyo relato dejamos al padre Sánchez Ortega, cronista de Aracena. «La terciaria sor Lucía de la Ossa, fué a contarle a su compañera sor María de la Trinidad que había estado a la puerta de su casa una mujer peregrina; que por socorrerla había subido a su aposento para buscar un ochavo que darle, y que, al volver, conoció quién era, pues tenía el mismo rostro que Nuestra Señora del Rosario; mas no quiso darse por entendida ya que había cerca quien la oyese. Lo que sí hizo fué darle el ochavo arrodillada. Y pegada a la peregrina le dijo así: «Señora, seais bienvenida. ¿De dónde venís, Señora?» Y la peregrina respondió: «Vengo de Jerusalén y a Jerusalén me vuelvo» Reparó Lucía en el báculo que la peregrina portaba y se lo alabó: «¡Ay, Señora, que báculo tan bien labrado traeis!»; a lo que respondió la peregrina: «Mírale con cuidado y cuenta sus nudos». «Quince he contado, Señora». Pues esos son, respondió la peregrina, los Misterios del Santísimo Rosario, y en honor y reverencia de ellos se ha de edificar en esta villa un Convento de Religiosas, donde la Madre de Dios sea especialmente reverenciada y su Hijo bien servido». «¿Cuándo será eso, Señora?», demandó sor Lucía. «Hay que peregrinar, hay que peregrinar», replicó la peregrina y concluyó así: «Dile a sor María de la Trinidad que tome su bordón y se vaya a Sevilla». Y con esto desapareció».

La Madre Trinidad entendió el aviso. ¡Claro que debía irse a Sevilla en pos del piadoso matrimonio López de Vergara! ¿Cómo no lo había pensado antes? Y a Sevilla fué, peregrina de su afán.

*
* *

Lo primero que hizo al llegar a la gran ciudad fué visitar en su Real Capilla de la Catedral a Nuestra Señora de los Reyes.

Antes de verla le tenía afecto y le rendía devoción, por lo mucho que le habló de tan linda imagen el licenciado Pedro Calvo, Capellán Real de la Virgen, cuando también estuvo en Aracena por causa de la epidemia. Se encomendó a la Señora y comenzó luego a curiosear por la Capilla, sin duda en procura de ideas que aplicar al decoro de su convento anhelado, aún en tela de deseo pero seguro en su convencimiento. Y ocurrió, que le arrebató súbitamente la contemplación del *Ecce Homo* de cuerpo entero que está en el lado del Evangelio. Ella nos contará el suceso: «La primera vez que visité a Nuestra Señora de los Reyes, le supliqué encarecidamente que, como Reina y Señora mía me amparase, pues yo venía a tierra extraña sin saber lo que había de hacer en aquel negocio de su servicio. Recibí en mi corazón gran consuelo de que me había de suceder bien todo. Mas yendo a otra capilla donde está un Santo Cristo muy devoto, juzgo se me rompió el corazón según sentí en él las penas de mi Redentor; y esforzándome lo que más pude, le pedí que así llagado como estaba, se pusiese por sello de mi corazón, y que aunque yo quisiera hacer algo de su desagrado, no me dejase obrar por mí sino sólo hiciese su santa voluntad, y yo le trajese presente. Y aunque yo quisiera negar que me concedió lo que le pedí, no puedo y mentiré, porque vivamente me ví hecha un dolor, el cuerpo acardenalado y me duró esto muchos días. No los conté cuántos fueron; más aquellos sus divinos ojos conque miró a San Pedro cuando se iba a Roma y le hicieron volver, los tenía siempre tan presentes que no sabía cómo distraerme cuando había que atender a otras cosas. Quedé tan descoyuntada que dí en qué entender a las que estaban conmigo, no sabiendo qué me había sucedido. En este desmayo me prometió aquel Señor que me guardaría de las tentaciones y peligros de mi alma. Que no me rehusase de los trabajos y mirase de los que había padecido por mí; que tendría mucho gusto en mis solicitudes y llenaría de su gracia a los que me ayudasen». ⁽¹⁾

(1) Aun cuando los críticos de arte, como D. José Gestoso, por ejemplo, en su *Sevilla Monumental y Artística*, le nieguen mérito escultórico a esta efígie, habremos de reconocer que ya es algo que mueva a admirarla el hecho de haber inducido en el espíritu de sor María, vigor para perseverar.

Confortada así, comenzó María de la Trinidad su tarea en Sevilla. Los esposos López de Vergara le dieron de momento tres mil ducados. ⁽¹⁾ Otras personas prometieron ayuda. Recobró con esto los ánimos decaídos. Entró en relación de amistad con lo más brillante de las familias sevillanas en razón a la fama que entre ellas tenía por lo que de sus virtudes extendieron los Duques de Gibralfaro. Mas esta busca de los poderosos no era, acaso, el áspero sendero de peregrinación que debía seguir hasta el logro de la fundación. Entendió que, sin desdeñar lo que en nombre de Dios le ofreciesen los poderosos, debía ungir su esfuerzo con la humildad de los ochavitos pedidos y obtenidos de puerta en puerta, como aquella Señora que viese en la suya, sor Lucía de la Ossa...

Y peregrinó por la bulliciosa urbe y halló más dolor que dadas. Se dedicó a calmarlo mediante el consuelo de sus oraciones y asistencias y la entrega a los desvalidos de cuanto reunía por las calles. Toda ella se entregaba ansiosa a sufrir en sí las aflicciones de los demás. «Sufrir en mí es mi consuelo y mi gozo», era su generoso lema místico. Quería para sí los dolores de todos los pacientes y se los pedía al Señor para sufrirlos por El con tierna vehemencia y firme responsabilidad ascética. Igual que hiciera en su pueblo, pero trocando ahora el reducido espacio de lágrimas del corto vecindario de Aracena, por la enorme amplitud de la populosa ciudad orillera del Guadalquivir, emporio de riqueza a la vez que desmedido cúmulo de miserias que no alcanzaban a extinguir los esforzados paladines de la Caridad con que a la sazón contaba Sevilla.

Y de tanto echar sobre su endeble naturaleza mortificada tamaña pesadumbre, enfermó de gravedad y se sintió morir. ¡Oh dolor de que se muriese con ella la esperanza de la fundación! ¿Lo habría de consentir el Amado que le mandó que la

(1) Más adelante serían ellos los que proveerían con las rentas de sus bienes al costo de las obras, puesto que la Madre Trinidad gastaba en socorrer necesidades cuanto reunía en sus andanzas pedigríneas y nunca llegaba a tener nada reunido; pues pensaba que así sumaría más almas al servicio de Dios y, por los *amenos* de todos, alcanzaría a manos llenas la munificencia altísima. En realidad, no se equivocó. Y probó de este modo, una vez más, el imperecedero vigor constructivo de lo espiritual.

hiciese? ¿Estaba enojado por su lentitud? Temerosa de morir sin dejar cumplido el mandato, suplicó al Señor que le permitiese seguir en la tierra un poco más. Sanó por verdadero milagro, subitáneamente; y, con nuevas fuerzas de salud física, volvió a Aracena con las sumas mayores que le dieran sus amigos pudientes, y, sin pedir a nadie parecer, comenzó las obras. Para ahorrar gastos, ella y sus terciarias trabajaron denodadas. A sor María de la Trinidad se le vió muchos días en funciones de peón de acarreo, conduciendo un borriquillo prestado sobre cuyos lomos cargara piedra y arena en las faldas del Cerro del Castillo, ladrillos en los hornos del Egido, cal en las caleras de la Fuente del Rey, madera aserrada en los bosques de castaños... Recias eran las faenas del acopio, y, al caer los días, no podía tenerse; mas no cedía ni una hora de luz al descanso.

Agotado los haberes, paró la obra y volvió a Sevilla por consejo de los padres dominicos, persuadidos de que aquella vehemente mujer iba por delante de todas las conveniencias. Le recomendaron calma y reflexión. Forzoso era, a su entender juicioso, que sor María tuviese antes en sus manos las licencias indispensables para la fundación, ya que de nada le valdría la Casa si no podía servirse de ella. Obedeció, sumisa, como humildísima cordera del Buen Pastor.

En Sevilla le aguardaba otra grave contrariedad. Pidió audiencia al Prelado diocesano hispalense, que a la sazón era el hijo de Santo Domingo, Fray Pedro de Tapia, arzobispo insigne y varón ejemplar por su austera vida, rara erudición y celo apostólico. Antes que llegase a su presencia sor María de la Trinidad, tuvo cartas de Aracena cuyos respectivos textos eran otros tantos alegatos contra el propósito de establecer nuevo convento en la villa... Los cuatro Evangelistas afirman de consuno que nadie es profeta en su patria... No es de extrañar, por tanto, que de allá viniese el impulso para conseguir que el Prelado estuviese mal dispuesto, y que el resultado de la audiencia fuese el que sor María revela en esta su interesante carta dirigida a la hermana sor Ana de Santo Domingo y a las demás terciarias que en el pueblo esperaban:

«El Señor Arzobispo me dijo el sábado pasado, que hasta que viniera nuestro Padre Provincial no podía ajustar nada. Díjome que habían venido a impedirlo de ese lugar por los padres del Carmen y Monjas. ⁽¹⁾ También me dijo que si quería fundar en esta ciudad que me daría casa, y con qué; yo dije que para mi tierra había sido mi vocación, que yo no buscaba mi comodidad sino la de mis santas hermanas las religiosas y que así no podía aceptar la merced que me hacía. Algunas razones pasaron, que en otra ocasión diré. Lo que importa es que todas procuremos vivir de modo que nuestro Santo hábito y Religión de Beatas, no pierdan la buena opinión que las religiosas antiguas conservaron con sus virtudes y buena vida. Quedamos en que viniendo nuestro Padre Provincial se trataría de ajustar negocios, que encomendemos a Dios a su Ilustrísima. Lo que te ruego es, y a todas, que así lo hagáis, y que alcancemos con la oración lo que nuestras fuerzas no alcanzan. Ayudadme, que me cuestan mucho estas cosas y el poner la cara a todos. Sea por Dios».

No se amilanó por esta contrariedad sino que prosiguió en su afán tratando de vencer con la oración y la caridad los obstáculos abrumadores que se le presentaban. Le habían dicho que, «además de la licencia del Arzobispo, era menester la de todo el Reino y ésta se había de solicitar de todos los procuradores en Cortes»; y cuando oyó esto se desconsoló tanto que llegó a considerar imposible la tarea de ganar tantas voluntades. Para reanimarla vino en su auxilio la Providencia. Veamos el modo, según sor María de la Trinidad lo refiere en su *Vida*: «Entréme con esta pasión en el aposento que me habían dado en su casa estos señores ⁽²⁾ y delante de un cuadro de un Santo

(1) Además del convento dominico de San Sebastián Mártir, existían entonces en Aracena dos más del Carmen reformado, uno de varones y otro de hembras. En la actualidad sólo queda éste. Es de presumir que las penurias en que ambos vivían por lo reducido del medio, inclinase a los carmelitas a no desear el establecimiento de nueva comunidad, y a procurar, por disculpables razones humanas, que el Arzobispo quedase prevenido en contra; si no por sí mismo, mediante las oficiosidades de los irreductibles *metomentodo* que suelen aparecer siempre que se trata de estorbar algo que está fuera del alcance de su capacidad.

(2) Se refiere a los esposos López de Vergara, cuya casa habitación estaba en una calle que entonces se le nombraba del *Ayre* en la collación de San Pedro Apóstol. Aún se le señala con tal denominación en el *Plano Geométrico de Sevilla* de Don Tomás López de Vargas Machuca, publicado en 1788.

Cristo, a mis solas, empecé a llorar amargamente pidiéndole misericordia: y dudosa si había sido tentación o engaño del enemigo de mi alma el meterme en esta función: y estando fuera de mí, me hallé a la puerta de un jardín donde había muchas flores, en particular rosas blancas, y las de Alejandría, y otras muy encendidas como claveles. Yo me espanté que por tiempo de invierno, y por Diciembre, estuviesen tantas y tan hermosas, y más cuando ví que a una parte de este jardín estaba una beata de mi hábito cogiendo aquellas rosas. Yo, entre mí dije: «¿Qué beata será aquella que no la he visto?» A este pensamiento me respondió: «¿No me conoces?» Yo soy tu Madre Santa Catalina de Sena». Y a este punto se le apareció la corona de espinas en la cabeza, las llagas en manos y costado y en una de las manos el corazón. Díjome: «Entra y llégate a mí. Mira: lo que solicitas es voluntad de Dios, no es engaño, no temas, estas rosas que ves son los Misterios del Rosario. Las blancas son los gloriosos y así quedarán las almas de las Religiosas que con devoción los celebraren. Las encarnadas son los gozosos; y, las muy encendidas son los dolorosos. Este es el jardín que quiere Dios que solicites del gusto de su Santísima Madre».

Cuenta, por último, de esta revelación sor María, que Santa Catalina le aseguró que el Asistente de Sevilla—a la sazón el Conde de Valleumbroso—le favorecería con todo cuidado y voluntad, que ella, la Santa, intercedería delante de Dios para que el próximo parto de la esposa del Asistente fuese feliz, y que éste recibiría inspiración para otorgar, como gobernador, lo primero que en el nombre de Dios se le pidiese. Y ocurrió que en el momento del parto normal de la esposa llegase a manos del Conde, enviada desde Granada, una carta del Padre Provincial de Andalucía, rogándole en caridad de Dios que atendiese los deseos de allanar trámites para que la ya popular «beata serrana»—como le llamaban los sevillanos—lograse terminar el convento de Aracena y obtener las autorizaciones convenientes. Todo sucedió como fué avisado por Santa Catalina. El Conde Asistente pidió a su Cabildo, en presencia del Procurador por Sevilla, Don Gerónimo Federigui, que acordase confiar a éste el

cuidado de sacar la licencia del Reino. Se resistió Federigui por que sabía, según nos cuenta Lorea «que en otras Cortes antecedentes había el Reino hecho Decreto, y suplicado a su Magestad, no concediese licencia para fundar Conventos, respecto a la multitud de frailes y monjas que hay en España, y estar por esto en las principales poblaciones reducido todo a Conventos, y otras razones gravísimas que a eso les movieron».

Pues, a pesar de este inconveniente máximo, la licencia fué otorgada sin objeción alguna. A 11 de agosto de 1657 quedó firmada por Don Pedro de Lobera y Andrade, Secretario de Su Majestad y Escribano Mayor de Cortes. Y ya no hubo más dificultades. Como por las manos de Dios, todo lo necesario vino luego a las de sor María para calmar su ansiedad, reducir sus penas, aliviar sus quebrantos y premiar sus virtudes. Sevilla dió de sí con largueza para esta obra de la «beata serrana» con ese rumboso modo inveterado y constante que constituye su modo de ser cuando se trata del esplendor religioso.

Porque Sevilla quiso, venció la Madre Trinidad.

* * *

Templo y Convento fueron inaugurados con solemnidades litúrgicas y fiestas populares. Fué el domingo 13 de mayo de 1674 con la presencia y bendición del Reverendísimo Obispo de Bizerta enviado para esto, y para confirmar en el Bautismo a los serranos que no lo estuviesen, por el Eminentísimo Arzobispo de la Diócesis Don Ambrosio Espínola y Guzmán. ⁽¹⁾

(1) Según el manuscrito de Sánchez Ortega ya citado, el martes 22 de mayo de 1674 llegaron a Aracena el Prior y otros religiosos del *Convento de Regina Angelorum*, de Sevilla, los patronos de la fundación, Don Cristóbal López de Vergara y su esposa Doña Antonia Ontiveros, el caballero calatravo Don Francisco de Flores Manrique y las religiosas del Convento de Madre de Dios, de Sevilla, Doña Yomar de Acosta y Portugal y Doña Juana de Villavicencio, designadas, respectivamente, Priora y Subpriora de la nueva comunidad. También llegó, investida del cargo de Maestra de novicias, sor María de S. Felipe, del Convento dominico de Jerez de la Frontera. Las terciarias solteras que entraron en clausura, como novicias, fueron doce, que una vez instruidas, hicieron sus votos definitivos. «Fué muy aplausible—escribe Sánchez Ortega—el día de la colocación del Santísimo Sacramento, siendo la fundación de todo lo más completa recibiendo el innumerable gentío el mayor regocijo. Sigueron unas bien determinadas máscaras con otras fiestas de diversión, grandes y artificiales fuegos con grandes castillos que con su grande artillería y preciosa obra atraía a todo gusto. Coronó estas funciones los juegos de cañas y sortija que ejercieron los señores sevillanos con sus caballos bien enseñados, a los que acompañaban algunos del pueblo, practicando en las varias evoluciones, carreras y demás que estos juegos ofrecen, la diversión más distinguida».

No alcanzó la Madre Trinidad a presenciar viva esta fiesta, para ella triunfal, pues había fallecido en Sevilla, con cincuenta y seis años de edad, en el tiempo y circunstancias que ya conocemos por los *Anales* de Ortiz de Zúñiga. El óbito ocurrió cómo y cuando ella supo por la divina boca del Señor que se le apareció para decirle que se dispusiese a pasar a mejor vida.

—¿Pero, sin verme en mi Convento?—se atrevió a preguntar.

A lo que Jesús contestó:

—Sí. Para que no a tí, sino a mi Madre Santa María se le dé honra y gloria, pues fué Ella la que tuvo el afán de crear cosa tan de su agrado como la Casa de Aracena. Y además, para que no te envanezcas. Tu ya tendrás la recompensa merecida por haber servido en la tierra este afán de mi Madre.

«Quedé muy conforme con la voluntad Divina», escribiría con sencillez conmovedora sor María de la Santísima Trinidad, al consignar en sus papeles este anuncio de muerte y esta promesa de premio celestial.

En presencia de toda Sevilla, llena de dolor, enterraron el cuerpo de sor María en la iglesia del Convento de *Regina Angelorum*. Muchas personas acudieron desde que fué enterrada, y ya, de continuo en adelante, a rezar sobre su tumba y a solicitar de Dios favores por su mediación que es fama siempre fueron y son otorgados. En este entierro estuvo hasta que se dispuso el traslado a Aracena, como ella había pedido al otorgar testamento.

Por cierto que al volver a Madrid, una vez terminado su gobierno en Sevilla, el Conde de Villaumbrosa—que fué diez años su asistente y tanto favoreció a sor María, en unión de su esposa la Condesa de Villaumbrosa y Castronuevo y Marquesa de Quintana,—no quiso ausentarse sin ver a su difunta amiga; y, un viernes, a la una del día, los padres de Regina consintieron en abrir la sepultura, sacar el ataúd, y mostrar a los escasos testigos piadosos, el cuerpo de la religiosa. Por una carta de la hermana de la Condesa, Doña Antonia Niño Enríquez de Guzmán, que fué Condesa de Villesca y de Asumar y de Arbey

sabemos lo que entonces ocurrió: «Quitaron las tablas del altar donde estaba—escribe Doña Antonia—estando presente el Padre Prior de Regina y todos los religiosos. Sacaron el ataúd todo cubierto de tela blanca, cosa que causa admiración, pues estaba tan tejida que parecía blanco el ataúd siendo encarnado. Había tanta prisa en quitarla los que estábamos allí, que no me cupo más que esta que va ahí, que para reliquia basta. Descubrieron el cuerpo de mi amada santa, el cual estaba sin corrupción alguna, y tan entero, que parecía no estar difunta. Yo estuve tan cerca, que me hiqué de rodillas junto al mismo ataúd y le estuve mirando a la cara que estaba como un alabastro, y tan perfecta, que parecía estar dormida». Sigue su carta la Marquesa de Villesca, describiendo con vivo realismo el modo bastante violento que tuvieron que emplear para poder desprender del cuerpo, «tan jugoso como de persona viva», algunas reliquias que los señores se quisieron llevar: dos dedos, un brazo... Y añade: «Yo, y todos los que la vimos, fueron muchas las lágrimas que derramamos de devoción, sin cansarnos de dar gracias a Dios por habernos dejado ver y tratar a su sierva».

* * *

No estuvo viva la Venerable Trinidad en las ceremonias solemnes de la bendición del Convento de Jesús, María y José de su pueblo natal; pero allá la enviaron, difunta, con todo miramiento y lucida escolta militar, a donde llegó una semana antes de la fiesta inaugural. Al llegar en este retorno victorioso el cuerpo incorrupto, se lo mostraron al pueblo desde las gradas del presbiterio de la Iglesia Mayor, después del solemne funeral que le dedicó en sufragio la Parroquia.

Trasladado luego al Convento, diéronle sepultura entre la doble reja del coro bajo del templo. Desde allí asistió a la inauguración. Desde allí asiste al rezo en coro del Santo Rosario de cada día, que aún se reza como ella dispuso según le fué inspirado. Allí atiende a quien la invoca para que le alcance del Cielo gracias y favores. Allí esperan sus despojos humanos la hora

de resucitar en la vida perdurable. También aguarda, con la paciencia misma de sus pasos y penas en la tierra, que se sustancie el proceso de beatificación comenzado ha luengos años...

Una lamparita perenne, cuya llama movediza parece una mirada humana, acusa la presencia de sor María de la Santísima Trinidad, fuerte mujer evangélica que supo servir a Dios. Es del acervo tradicional aracénés que desde el fondo de su sepulcro guarda la disciplina del Convento. Si alguna vez ésta se altera por cualquier motivo de humana flaqueza, la Venerable Madre—Piora perpetua y autoridad intacta—golpea la tapa con resonancia misteriosa y vuelve a las almas de las quince monjas la paz que perdieron.

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ.

